

# EPOCA OCTAVA

DE 476 Á 662 DESPUES DE J. C.

## LIBRO PRIMERO

INVASION DE LOS PUEBLOS DEL NORTE

### CAPÍTULO I

Los bárbaros.

Vamos á asistir á un período de luchas y conquistas, sin igual en la historia de la humanidad; á un período en que la Providencia se sirve visiblemente de unas pruebas rudas é ignoradas, para acabar con la tiranía en la Roma pagana. Recordemos ántes la generalización de este período para formar juicio acertado de la época.

Da principio en esta época la *edad media*, edad grande en la historia de la vida humana, por dos superiores y altísimos fines, cuales son el triunfo de la religion y el imperio del órden moral, mezclados ciertamente entre rudeza y batallar constante, que nublan en algunos momentos el concierto de la vida.

Aquel imperio asentado en las orillas del Tiber, que extendiéndose desde el mar Cantábrico hasta el mar Negro, desde los Alpes y Carpatos hasta el Nilo, habia reducido á su dominio á Cartago, Iberia, Grecia y Macedonia, Siria, el Oriente y Egipto, quedó al fin reducido á sólo Italia, sobreviviendo lánguidamente, en la serie de ocho débiles emperadores, durante veinte años de triste y débil agonía.

Rómulo Augústulo, el último de los emperadores, ayudado de los hérulos, rugios y

turcilingos, tomó la direccion de un estado ya caduco; la menor señal basta á los hérulos, conducidos por Odoacro, antiguo ministro de Átila, para lanzarse sobre Orestes y Rómulo Augústulo, y cae bajo el impetuoso vigor del brazo de los hérulos aquella sombra de imperio y de corona, que se cernia como juguete de los vicios sobre la frente de Augústulo, poniendo fin á los dias del imperio romano el 28 de Agosto del 476.

De las ruinas del imperio de Occidente, nacieron: el reino de los ostrogodos y lombardos en Italia, el de los visigodos en España, el de los francos y borgoñones en la Galia y Alemania, y el de los sajones en la Gran Bretaña, cuya historia, con la de la raza árabe é imperio de Oriente, constituye la edad media.

Así acabó aquel gran imperio de Occidente, consumido por su degradacion y tiranía, ofreciéndose en este período clara y visiblemente la accion de la Providencia, que resucita pueblos vírgenes, inspirados en las grandes ideas de la religion y de la libertad, para aniquilar bajo su planta el gérmen del despotismo y de la corrupcion de Roma.

Cuatro pueblos, los hérulos, los ostrogodos,



los griegos y los lombardos, dominaron el suelo de Italia desde el 476 hasta el imperio de Cárlo-Magno; breves años imperan los hérulos, á quienes suceden los ostrogodos, vencedores de Odoacro en Verona.

Teodorico I, al frente de los ostrogodos, dirige los restos del imperio de Occidente con tino y prudencia, ayudado de Símaco, Boecio y Casiodoro; mas los crímenes y disturbios perpetrados en los tiempos de Atalarico, Teodato, Vitiges, Totila y Tecas, hicieron decaer el imperio de los ostrogodos, el cual no pudo resistir á los constantes esfuerzos de Belisario y Narsés.

Sigue en Italia por breve tiempo la dominación de los griegos de Oriente, fijando su capital en Rávena; mas el mismo vencedor Narsés, resentido con Sofía, emperatriz viuda de Justino II, llama á los lombardos, quienes al frente del valeroso Albuino, franquean los Alpes y fundan el reino de Lombardia.

Fueron bien presto los hérulos, dice Bossuet, echados de Roma por Teodorico, rey de los ostrogodos, que es lo mismo que godos orientales, el cual fundó el reino de Italia, y aunque arriano, dejó á la religion católica bastante libertad de ejercitarse. Turbábala en Oriente el emperador Anastasio, que siguió los pasos de Zenon su predecesor, y apoyó los herejes. Enajenó con esto los ánimos de sus vasallos, y jamas pudo ganarlos, ni aun aliviándolos de pesadas imposiciones. Italia obedecía á Teodorico, y los hérulos fueron precisados á abandonar todo. A más de la Italia poseía tambien Teodorico la Provenza.

En su tiempo, San Benito, retirado en un desierto de Italia, comenzaba desde sus más tiernos años á practicar las máximas santas, de que compuso aquella regla admirable, que los monjes de Occidente recibieron con el mismo respeto que tienen los de Oriente á la de San Basilio. Acabaron los romanos de perder las Galias por las victorias de Clodoveo, hijo de Childerico. Tambien ganó contra los alemanes la batalla de Tolbiac, por el voto que hizo de abrazar la religion cristiana, á que no cesaba de inclinarle su mujer Clotilde. Era ésta de la casa de los reyes de Borgoña, y celosa católica, aun-

que de familia y de nacion arriana. Instruido Clodoveo por San Vedasto, fué bautizado en Reims con sus franceses por San Remigio, obispo de aquella antigua metrópoli. Sólo él, entre todos los príncipes del mundo, mantuvo la religion católica, y mereció el título de *Cristianísimo* para sus sucesores. Por la batalla, en que de su propia mano mató á Alarico, rey de los visigodos, fueron unidas á su reino Tolosa y Aquitania. Pero la victoria de los ostrogodos le impidió el ocuparlo todo hasta los Pirineos; mas el fin de su reinado oscureció la gloria de sus principios. Dividieron el reino sus cuatro hijos, y no cesaron de inquietarse los unos á los otros. Anastasio murió herido de un rayo. Justino, de bajo nacimiento, pero hábil y muy católico, fué hecho emperador por el senado. Sujetóse con todo su pueblo á los decretos del papa San Hormidas, y puso fin á las turbaciones de la Iglesia de Oriente. En su tiempo Boecio, hombre no ménos célebre por su doctrina que por su nacimiento, y Símaco, su suegro, elevados ambos á los cargos más eminentes, fueron sacrificados á los celos de Teodorico, que sospechó sin motivo conspiraban contra el estado. Asombrado el rey de su delito, creyó ver la cabeza de Símaco en un plato que se le servia, y murió algun tiempo despues. Amalamsunta su hija, y madre de Alarico, que subia al trono por la muerte de su abuelo, fué impedida por los godos de hacer instruir al jóven príncipe como su nacimiento merecía: y precisada á abandonarle á gentes de su edad, ve que se pierde sin poder remediarlo. Murió Justino al año siguiente despues de haber elegido por compañero en el imperio á Justiniano, su sobrino, cuyo largo reinado se ha hecho célebre por las fatigas de Triboniano, compilador del derecho romano, y por las hazañas de Belisario y del eunuco Narsés. Estos dos famosos capitanes reprimieron los persas, deshicieron los ostrogodos y los vándalos, y restauraron á su señor el África, la Italia y Roma; pero celoso el emperador de sus glorias, sin querer tener parte en sus fatigas, más los embarazaba que los asistía. Íbase aumentando el reino de Francia. Despues de una larga guerra, Childerico y Clotario, hijos de Clodoveo, con-



quistaron el reino de Borgoña, y sacrificaron al mismo tiempo á su ambicion los hijos menores de su hermano Clodomiro, cuyo reino partieron entre sí.

Algun tiempo despues, y en tanto que Belisario atacaba tan vivamente los ostrogodos, lo que éstos poseían en las Galias quedó abandonado á los franceses. Extendíase entónces mucho la Francia en la otra parte del Rhin; pero los repartimientos de los príncipes, que formaban otros tantos reinos, le impedían reunirse bajo una misma dominación. Fueron sus principales partes la Neustria, que es la Francia Oriental, y la Austrasia, que es la Occidental. El mismo año que Roma fué recobrada por Narsés, dispuso Justiniano tener en Constantinopla el quinto concilio general, que confirmó los precedentes y condenó algunos escritos favorables á Nestorio. Llamábanse éstos los *Tres capitulos*, á causa de tres autores muertos largo tiempo ántes, de los cuales entónces se trataba. Fué condenada la Memoria y los escritos de Teodoro, obispo de Mopsuesto, y una carta de Ibas, obispo de Edesa, y de los escritos de Teodoro los que habia compuesto contra San Cirilo. Fueron tambien reprobados los de Orígenes, que turbaban todo el Oriente en un siglo habia. Este concilio, comenzado con malos designios, tuvo una feliz conclusion y fué recibido de la Santa Sede, que desde el principio se habia opuesto á él. Dos años despues del concilio, Narsés, que habia quitado la Italia á los godos, la defendió de los franceses, y obtuvo una cumplida victoria contra Bucelino, general de las tropas de Australia. Con todas estas ventajas, no duró mucho la Italia á los emperadores. Bajo Justino II, sobrino de Justiniano, y despues de la muerte de Narsés, fué el reino de Lombardia fundado por Albeino. Tomó á Milan y á Pavía; apenas se salvaron de sus manos Roma y Rávena, y los lombardos hicieron padecer á los romanos los mayores trabajos. Fué Roma mal socorrida de sus emperadores, á quienes los avaros, nacion scítica; los sarracenos, pueblos de Arabia, y más que todos los persas, por todos los lados los atormentaban en el Oriente. Justino, que sólo á sus dictámenes y á sus pasiones daba

crédito, fué siempre derrotado por los persas y por su rey Chosroás, y tal fué su turbación por tantas pérdidas, que le causó tambien la del juicio. Sofía, su mujer, sostuvo el imperio. El desgraciado príncipe recobró muy tarde su razon y conoció al morir la malicia de sus lisonjeros. Despues de él, Tiberio II, á quien habia nombrado emperador, reprimió los enemigos, alivió los pueblos y se enriqueció con las limosnas que distribuía. Las victorias de Mauricio Capadocio, general de sus ejércitos, hicieron morir de pesar al soberbio Chosroas, y fueron recompensados con el imperio y con su hija Constantina, que le dió al morir. En este tiempo, la ambiciosa Fredegunda, mujer del rey Chilperico I, introducía en Francia un general incendio, y no cesaba de excitar guerras crueles entre los reyes franceses. En medio de las desgracias de Italia, y hallándose Roma afligida de una peste espantosa, fué San Gregorio el *Grande* exaltado, á su pesar, á la silla de San Pedro. Aplaca este gran papa la peste con sus oraciones; instruye los emperadores, y juntamente les hece dar la obediencia que se les debe; consuela á África y la fortifica; confirma en España á los visigodos convertidos del arrianismo, y al católico Recaredo que acababa de entrar en el gremio de la Iglesia; convierte la Inglaterra, reforma la disciplina en la Francia, á cuyos reyes, siempre ortodoxos, exalta sobre todos los demas de la tierra; templá el furor de los lombardos, salva á Roma y á Italia, incapaz de ser socorrida de los emperadores; reprime el recién nacido orgullo de los patriarcas de Constantinopla; ilustra toda la Iglesia con su doctrina; gobierna el Oriente y Occidente con no ménos vigor que humildad, y da al mundo un perfecto modelo del gobierno eclesiástico. No tiene la historia de la Iglesia cosa más bella que la entrada del santo monje Agustino en el reino de Kent con sus cuarenta compañeros, que, precedidos de la cruz hacían votos solemnes por la conversion de Inglaterra (1). San Gregorio, que los habia enviado, los instruía con cartas verdaderamente apostólicas, y enseñaba á San Agustín

(1) Beda, *Hist. Angl.*, lib. I, c. XXV.



á temblar entre los continuos milagros que obraba Dios por su ministerio (1). Berta, princesa de Francia, atrajo al cristianismo el rey Ediberto su marido.

Los reyes de Francia y la reina Brunequilla protegieron la nueva mision. Los obispos de Francia entraron en esta buena obra, y consagraron de orden del papa á San Agustin. El refuerzo que San Gregorio envió al nuevo obispo produjo nuevos frutos, y tomó forma la Iglesia anglicana. Habiendo experimentado el emperador Mauricio la fidelidad de San Gregorio, se corrigió por sus amonestaciones, y recibió de él aquella alabanza tan digna de un príncipe cristiano: que en su tiempo los herejes no osaban despegar sus labios. Este emperador tan piadoso cometió, no obstante, un gran yerro. Pereció un infinito número de romanos entre las manos de los bárbaros, por no haberlos rescatado á escudo por cada uno. Véase luego despues los remordimientos del buen emperador; la súplica que hace á Dios de castigarle en este y no en el otro mundo; la rebelion de Focas, que á su vista mata á toda su familia; Mauricio, muerto el último, sin decir más entre todos sus males que este verso del Psalmista: *Vos sois infinito, oh, Señor! y todos vuestros juicios son rectos* (2). Elevado Focas al imperio por una accion tan detestable, procuró ganar los pueblos honrando la Santa Sede, cuyos privilegios confirmó. Pero ya estaba pronunciada su sentencia. Heraclio, proclamado emperador por el ejército de África, marchó contra él. Entónces experimentó Focas que ordinariamente las disoluciones dañan más á los príncipes que las crueldades, porque Fotino, cuya mujer habia violado, le entregó á Heraclio, que hizo matarle. Vió un poco despues la Francia una más extraordinaria tragedia. Entregada la reina Brunequilla á Clotario II, fué sacrificada á la ambicion de este príncipe, abominada su memoria, y su virtud, tan alabada del papa San Gregorio, aún tiene dificultad en defenderse. Estaba entre tanto asolado el imperio. El rey de Persia Chosroas II, con el

(1) Greg., lib. IX, ep. LVIII; *nunc* lib. XI, ind. 4, ep. XXVIII, t. II, col. 1110.

(2) Psalm. CXVIII.

pretexto de vengar á Mauricio, habia emprendido la ruina de Focas. Adelantó sus conquistas en tiempo de Heraclio. Vióse el emperador derrotado, y la verdadera cruz arrebatada de los infieles; despues, con una maravillosa alternacion, Heraclio cinco veces vencedor, la Persia penetrada de los romanos, Chosroas muerto de su hijo, y recobrada la Santa Cruz.

Así es como por diversa senda vuelven á emprender su carrera el Oriente y el Occidente: el primero se enerva cada vez más, mientras conserva en depósito la antigüedad y las tradiciones asiáticas; y en el segundo, los bárbaros destruyen el edificio de los siglos y borran hasta el nombre del romano imperio. Aquella pasion de independenciam, que no sufre nada fijo, nada duradero, nada obligatorio, no podia cimentar convenientemente ninguna sociedad, por lo cual puede decirse que la mision de los bárbaros se limitaba á destruir; pero nótese que entre ellos se conservaba ileso el instinto de libertad; que en Roma habia sido sofocado por las instituciones paganas.

Bárbaro era el hombre, mas no tan corrompido como entre las gentes civilizadas que habian abusado de todas las doctrinas y de todos los goces; ni su brutalidad era tan deshonrosa como la refinada disolucion de Roma. Aquellos vigorosos caracteres que no sabian obedecer, sabian sin embargo sacrificarse, y conservaban además una chispa de aquel sentimiento de honor, desconocido de la antigüedad, y del cual iba en lo sucesivo á valerse el cristianismo para formar la conciencia é instituir la obediencia racional. Por tanto, los bárbaros regeneraban por medio de la fuerza las desencaminadas poblaciones, al paso que el amor inermes las asociaba; que si alguna vez aparece materialmente en la Historia el *orden visible de la Providencia*, nunca campea con más claridad que en aquella época, en que redundaron en provecho de la humanidad indecibles desventuras. Alzabase sobre aquel cáos de sangre y de ruinas un espíritu superior á todas las vicisitudes; y al paso que los bárbaros extendian sus conquistas, venian ellos mismos á ser conquistados para la Cruz, esto es, para la civilizacion; las naciones, aventadas, digámoslo así,



por la violencia de las armas, se reunian bajo la influencia de la cosa más libre del mundo: el sentimiento religioso. Donde quiera que el signo de la católica unidad apareció impreso, el Asia perdió la esperanza de prevalecer sólidamente. El cisma religioso pareció consolidar la separacion del Oriente y Occidente: Francia, Inglaterra, España, Alemania é Italia, fundaron nuevos estados y sacaron de las regiones septentrionales un elemento desconocido del mundo asiático, la libertad personal que los vencidos supieron conquistarse, cuando, pasado apenas el tumulto de la invasion, les fué dado mirar cara á cara á sus vencedores.

Con los longobardos concluye aquella emigracion de los pueblos septentrionales, que duraba por espacio de siglos, y ellos mismos comenzaron á rechazar las hordas guerreras, oponiéndoles los muros de nuevas ciudades bajo la tutela de la cruz. La civilizacion vencida ejerce su reaccion sobre los vencedores civilizándolos. La conversion procedente del Mediodía marcha hácia el Septentrion, difundiendo entre las armas ideas de paz, de orden y caridad, y enseñoreándose del poder por el medio más legítimo: la inteligencia.

Las ventajas producidas por la invasion de los pueblos del Norte, son visibles hasta para

los más cortos de vista, comparando la desoladora monotonía y el lento agonizar del imperio de Oriente con la resucitada civilizacion de Europa, donde lo antiguo se mezcla y encuentra en disonancia con lo moderno. Aquí las gracias y los defectos de una sociedad de inexperta infancia, figuran al lado de las ventajas de una generacion adulta; los ánimos son ingenuos, pero los afectos profundos; contrahechas y hasta monstruosas las formas, pero gratiosos los conceptos; sumisos y generosos los corazones, mas no por eso menos fuertes é inflexibles los caracteres; la ignorancia anda confundida con la pedantería y con el talento, y la grosería con las emociones. Ya vagaban en los ánimos las ideas de los tiempos pasados; pero causaban un inquieto temor, como las inspiraciones internas que no hallan medio de manifestarse. De aquí provinieron aquel fondo de melancolía predominante, las habituales imágenes de la muerte, los repetidos temores del fin del mundo, aquellas sublimes locuras, aquellas virtudes nuevas, y lostres hechos culminantes de la época, á saber: la expiacion religiosa, la opresion y la resistencia, que al fin triunfó, é hizo que el Oriente se lanzara vigoroso á la conquista de la moderna civilizacion.